

La noche sexual

Pascal Quignard*

Joan Vendrell Ferré
 Universidad Autónoma del Estado de Morelos

La publicación en español de este libro de Pascal Quignard es un acontecimiento que habrá pasado desapercibido para muchas personas que podrían sacar un gran provecho de él, entendiendo por tales todas aquellas de algún modo interesadas en el estudio de la sexualidad humana desde cualquiera de las perspectivas comprendidas dentro de las Ciencias Humanas y Sociales.

Lo cierto es que, nos guste o no, Quignard sigue siendo un gran desconocido para el público de habla hispana. Dejando de lado algunos textos célebres de carácter literario, luego llevados al cine como *Todas las mañanas del mundo*, el grueso de su obra, y la más importante para nosotros, apenas ha empezado a traducirse y difundirse en los últimos años.

Con esta reseña quisiéramos, entonces, dar a conocer al público lector de esta revista, académico o no, una obra cuya importancia para la comprensión de nuestras relaciones con los cuerpos sexuados nos parece crucial. Hay en Quignard toda una antropología que cabe ir extrayendo de una masa de textos de muy variada factura, los cuales oscilan entre lo literario, lo diarístico —o mejor, el “dietario”— o lo filosófico. Los libros de Quignard, en especial los volúmenes correspondientes a su monumental “Último reino”, pueden ser leídos como pura literatura (el primero de ellos, *Les Ombres errantes*, recibió el premio Goncourt en 2002), algo parecido a la literatura total, o como ensayos con una hondura filosófica, y a nuestro parecer antropológica poco común. Y es este último aspecto el que nos concierne aquí.

La Nuit sexuelle fue primeramente publicado en una lujosa edición (París, Flammarion, 2007), como “libro de arte”, y posteriormente en su versión *pocket* (París, J'ai lu, 2009), siendo la traducción al español de esta última la que reseñamos aquí. La precisión es pertinente porque se trata de un libro donde el texto y la imagen se hallan íntimamente imbricados. En realidad, podría ser visto como un catálogo comentado de la colección, al parecer trabajosamente reunida por Quignard, sobre dos temas mayores dentro de su preocupación antropológica: la noche

* Pascal Quignard, *La noche sexual*, Madrid, Funambulista, 2014.

y el sexo. Sin embargo, el libro toca muchas otras cuestiones relacionados con el par principal: la escena primitiva, primordial o "invisible" (el coito de nuestros progenitores, del cual procedemos), los sueños, los infiernos (en clave uterínica), la condición predatoria de la especie humana, el voyerismo y el exhibicionismo, o el erotismo, entre un conjunto más amplio de comentarios sobre escenas bíblicas y tradiciones culturales y artísticas de muy diversos lugares del mundo. Algunos de los temas han sido tratados —y lo siguen siendo, dado que se trata de una obra en proceso— por Quignard en los nueve volúmenes hasta el momento publicados de "Último reino", así como en otros trabajos de índole monográfica (*El sexo y el espanto*, sobre el mundo sexual romano antiguo), o con intención más literaria (*Vida secreta*, sobre el tema del amor).

Para acceder a esta obra vasta y compleja, la cual, repetimos, sólo parcialmente se ha vertido al español (aunque la editorial argentina "el cuenco de plata" se encuentra actualmente publicando el conjunto del "Último reino"), el libro que reseñamos aquí puede servir como introducción y guía. Encontramos en él, contando además con el apoyo de las imágenes, la práctica totalidad de las preocupaciones antropológicas fundamentales de Pascal Quignard, si no desarrolladas, sí al menos apuntadas.

Parte nuestro autor de lo que llama las "tres noches": 1) la uterina, correspondiente a nuestra experiencia en el seno materno, antes del nacimiento; 2) la terrestre, misma que se corresponde con las noches de nuestra vida, noche *externa, cotidiana*, donde vivimos la experiencia fundamental del sueño, y 3) la infernal, postmortem, una de cuya experiencia no podemos estar seguros, pero que sin embargo marca toda nuestra existencia. Aunque la terminología y las imágenes elegidas por Quignard pueden resultar en un primer momento desconcertantes, al menos en la perspectiva de la antropología académica, lo cierto es que su análisis, basado en figuraciones —uno de sus términos—, mitologías y textos espigados de un gran número de tradiciones culturales, pretende abarcar y presentar de una forma novedosa, alejada del cientificismo imperante y de cualquier "sentido práctico" o finalidad utilitaria, un amplio conjunto de experiencias humanas básicas.

Quignard se interesa por las huellas dejadas en nosotros por experiencias hoy en día poco o nada tenidas en cuenta como lo vivido en el seno materno, el mundo del silencio, o la infancia pre-lingüística. Ello permite establecer conexiones, a partir de su lectura, con autores como el Peter Sloterdijk de la trilogía *Esféricas*, o con diversos trabajos del también filósofo Giorgio Agamben, en especial los recogidos en *Infancia e historia*. Son sólo dos nombres de los muchos que se podrían citar. El proyecto de Quignard tiene asimismo indudables resonancias batailleanas y lacanianas. Este libro, en concreto, no dejará de evocar en el lector interesado en estos temas libros de Georges Bataille como *Las lágrimas de eros* o *El erotismo*. Por otro lado, las referencias lacanianas y, en general, psicoanalíticas, explícitas o,

las más de las veces, implícitas, están igualmente presentes. En conjunto, se podría hablar de una antropología de lo profundo, en el sentido de las bases o fundamentos mismos de la experiencia humana del cuerpo, y a través de ella de eso que llamamos el "sexo".

Porque se trata exactamente de eso, de un retorno al cuerpo, es más, al cuerpo sexuado y a una diferencia sexual concebida como irreductible. Después de décadas en las que hemos visto un intento de borradura, o como mínimo de minusvaloración, de la diferencia sexual como tal, Pascal Quignard, en la línea de autoras lacanianas como Joan Copjec (en los textos reunidos en *El compacto sexual*), reivindica la diferencia sexual y va incluso más allá, al afirmar:

Sólo tenemos un sexo. Irresistiblemente siempre nos olvidamos de este punto: no hay "una" diferencia sexual. Hay "dos" sexos. Hay pues "dos" diferencias sexuales por "dos" diferencias sexuales, aunque para toda la humanidad posible no haya más que una sola diferencia sexual cualquiera que sea su sexo: la diferencia que hace que el otro sexo sea para siempre misterioso a partir del propio sexo. El resultado son cuatro diferencias que nadie en el mundo es capaz de asumir. Hay una desemejanza absoluta que ninguna curiosidad explora por completo. Una disparidad entre los dos estatutos que ninguna paridad iguala. Una heterogeneidad física que en ningún caso puede pretender fusionar lo mixto (p. 40)

Tenemos, en este párrafo crucial, una defensa ya no de la diversidad, sino de la *diferencia*. Son afirmaciones desde luego para la polémica, que serán leídas de muy diferentes modos según la posición teórica o política del lector. En cualquier caso, Quignard nos recuerda, aunque no sea el único ni el primero en hacerlo, que cualquier intento de sacar al cuerpo por la puerta comportará que éste vuelva a entrar por la ventana, es decir, vuelva a hacer *acto de presencia*. Una presencia interte, muda, más allá del lenguaje, presencia que llega a nosotros no ya desde nuestro pasado, sino desde "lo anterior" —lo que Quignard llama, dedicándole un volumen entero de su "Último reino", *le jadis*—. Es posible que lo que trate de decirnos aquí el autor es que el cuerpo se ha convertido para nosotros, a fuerza de querer negarlo o disminuirlo en su sexuación y su diferencia radicales, en lo Real en el sentido fuerte de la palabra, es decir, en su sentido laciano. El cuerpo, más allá de su conversión en "organismo" —como hubieran dicho Gilles Deleuze y Félix Guattari—, sigue siendo del orden de lo no simbolizable. Y cuanto más hemos querido negar esta realidad, este resto corporal, nuestra carne sexuada en estado prístino, más hemos terminado por convertir al cuerpo en lo Real capaz de desmontar cualquier fantasía de igualdad, paridad, intercambiabilidad o incluso de complementariedad. El cuerpo, para decirlo con Judith Butler, es algo que *importa*.

El cuerpo que no es *un* cuerpo, porque no existe algo como "el cuerpo humano", así en abstracto, sino que existen dos, siempre dos —como mínimo— y siempre irreductibles, es decir, sexuados. Y sólo tenemos uno. Un cuerpo, un sexo. Sobre estas afirmaciones —o por debajo— planea el "no hay relación sexual" lacaniano, en el sentido de la inconmensurabilidad. Desde esta perspectiva, algo como el género —y nos referimos ahora a un "género vernáculo" como el teorizado en su día por Iván Illich— podría ser visto como un intento para crear una complementariedad forzada, ficticia, entre los sexos, fundando así el orden humano basado en la pareja, el matrimonio, la familia, los intercambios y *last but not least*, el heterosexismo. Visto desde una óptica pura y estrictamente corporal, la de unos cuerpos no sometidos a castración alguna por medio del lenguaje, no hay complementariedad ninguna entre los sexos, como tampoco emparejamiento ni nada de lo que ello se deriva, incluyendo algo como el orden o, mejor dicho, la jerarquía de género.

La noche del sexo, pues, o su "espanto", no sería otra cosa que el sometimiento de los cuerpos sexuados humanos al yugo de la cultura, algo que quizá pueda ser visto como inevitable —si lo que se quiere es tener una cultura "humana"—, pero que no por ello deja de ser una fuente inagotable de angustia (por resumirlo con una palabra). De dicha angustia, sus manifestaciones, sus representaciones, dan cuenta los sucesivos capítulos, breves y siempre apoyados en imágenes extraídas del acervo artístico mundial, del libro que presentamos aquí.

Vivimos en la melancolía, nos dice Quignard, en la nostalgia de la escena perdida, de nuestro origen imposible de contemplar e incluso de imaginar. A partir de aquí, nos pasamos la vida buscando lo que falta en el cuadro de nuestra fantasía, de eso que llamamos la "realidad", cuya sustancia es puramente imaginaria. Ante el peligro que para el mantenimiento de nuestra fantasía supone el cuerpo, hemos hecho todo lo posible por subsumirlo en lo simbólico. En el caso del cuerpo sexuado, hemos hecho todo lo que hemos podido para encuadrarlo en el orden simbólico del género, y ajustarlo a sus personajes imaginarios, el hombre, la mujer o las formas transgenéricas que aparecen en diferentes culturas. Sea como sea, el cuerpo sexuado escapa siempre a su encuadramiento, y cuanto más cerramos en torno a él las mallas de la red simbólica, más fuerza adquiere como lo Real capaz de desgarrarlas. Se cumple con ello el *dictum* lacaniano, recuperado hoy por filósofos como Slavoj Žižek: lo Real no es otra cosa que la diferencia sexual misma en su irreductibilidad. Lo Real son esos cuerpos sexuados únicos y radicalmente *diferentes*.

A partir de aquí Quignard nos presenta una visión de las sociedades humanas que muchos considerarán sombría y pesimista en exceso. No nos encontramos lejos del "malestar en la cultura" teorizado en su día por Freud, o de los callejones sin salida del deseo, siempre bajo la égida del Goce, postulados por Lacan y sus epígonos. "El sadismo es la pulsión social esencial", afirma el autor (p. 98), y de igual modo: "En el fondo del deseo reina el masoquismo" (p. 99). Son dos afirmaciones

que considero esenciales, no sólo para emprender una comprensión de lo sexual desde la perspectiva que, parafraseando a Peter Sloterdijk, podríamos llamar de una "sexología negativa", sino también para el proyecto de una antropología capaz de abandonar o al menos de ir más allá del paraguas rusioniano. No es con un "buen salvaje" mítico, más o menos corrompido por la civilización, con lo que estamos tratando, sino con algo mucho más complejo y oscuro, ese ser arrancado a sí mismo de la animalidad, que se pretende distinto y único y que sin embargo no cesa de vérselas con sus orígenes fundados en el carroñerismo y la arrebatía, es decir, en una predación imitada de los animales y luego desarrollada como propia, en formas inéditas, durante milenios mediante "la caza inventada a partir de la imitación del carnivorismo, el sacrificio sangriento de víctimas humanas, la iniciación sangrienta de los púberes y las guerras históricas" (p. 80). En cierto sentido, Quignard nos abre las puertas a una antropología de signo distinto, deudora ya no tanto de los teóricos del contrato y de una sociabilidad pactada, sino de lo negado hasta hoy por estas perspectivas, relegándolo al campo de la anormalidad: el deseo, el goce, el sexo y la muerte en su imbricación íntima e ineludible. No ya Rousseau, sino Sade, sería quien nos muestra el punto de partida para una antropología que, en el caso de lo sexual, no puede seguir siendo dependiente y deudora de una sexología médica.

Es sólo una muestra de las ideas y afirmaciones polémicas contenidas en este libro, tan breve como rico en sugerencias antropológicas. En otro orden de cosas, Quignard nos recuerda, en los capítulos dedicados a "Lot y sus hijas" y "Noé y sus hijos", que las cuestiones referentes a la paternidad han tomado en nuestro mundo un sesgo especial, mismo que, considerado desde la perspectiva de una antropología histórica, puede ser visto como un retorno a la negación de la paternidad misma, o de cualquier decisión sobre "la fecundidad de la mujer que se convierte en madre" (p. 34). Las conclusiones de Quignard, una vez más, provocarán estremecimientos en más de un lector por su contundencia: "El rasgo principal del mundo moderno es la violación del padre por él inadvertida. [...] La mujer roba el semen como Prometeo, el fuego" (p. 34). Como antropólogos, sin embargo, deberíamos estar más atentos a este tipo de hechos, analizarlos cuidadosamente en lugar de apartarlos de nuestra vista con un manotazo, como demasiadas veces se hace, para permanecer en la comodidad de la corrección política imperante. Nos encontramos aquí ante cuestiones que un feminismo demasiado pagado de sí mismo ha decidido zanjar de una forma quizá en exceso tajante, pero la llamada "crisis de la masculinidad" contemporánea, y todo lo que ésta ha traído y sigue trayendo consigo, nos muestra a diario que estos problemas distan de estar resueltos. En cualquier caso, no pueden, o no deberían, ser eludidos con una simple apelación a la "propiedad" de tales o cuales cuerpos. Porque el cuerpo, en resumidas cuentas, siempre es un hecho social.

La noche sexual es, entonces, un libro para la reflexión. Contiene los jalones de una teoría de la sexualidad humana, que es lo mismo que decir de lo humano, misma que el autor desarrolla más ampliamente en el resto de su obra, pero que, desde la perspectiva académica de la investigación antropológica, es necesario extraer y sistematizar. Habrá lectores que ante este libro sentirán abrirse nuevos caminos para la indagación antropológica, mientras que otros preferirán cerrarlo y olvidarse de "los infiernos" (título de uno de sus capítulos) vislumbrados. Ello forma parte de la diversidad dentro de la antropología misma, que también puede ser vista como una diversidad de talentos. Sea como sea, y por la cuenta y riesgo de cada quien, es un libro cuya lectura cabe recomendar.